



## CONCLUSION

**P**ARA terminar este libro oigamos el juicio que sobre el positivismo ha emitido un sabio escritor contemporáneo.

Jáctase el positivismo de no apoyarse sino en datos experimentales; y que por lo mismo es la sola filosofía verdadera científica, real, precisa, orgánica, útil, la única universal y definitiva.

El positivismo no es filosofía definitiva; así lo prueban las innumerables transformaciones que ha sufrido desde su origen. Esto prueba igualmente, que tal filosofía no es cierta y universal. La diversidad de sistemas han obligado á sus representantes, á declarar que el positivismo es un método más bien que un sistema determinado. Se añade que el positivismo es una filosofía real; mas no lo es; porque sus afirmaciones ó negaciones, no descansarán en la experiencia, si el positivismo ha de ser científico como lo pretende; ya que, según los mismos positivistas, exige la ciencia no dar por cierto sino lo que reposa sobre

la observación directa ó sobre las conclusiones rigurosamente lógicas.

El positivismo es un sistema no científico; porque sostiene afirmaciones en contradicción formal con los hechos de experiencia, según éstos se ofrecen al observador científico, por ejemplo, la eternidad del movimiento en el mundo, la evolución eterna del cosmos, la aparición espontánea del movimiento de la materia antes en reposo, la transformación ilimitada de las especies, la generación primitiva (equivoca), que Pasteur y otros sabios han dejado sin ningún rastro de verosimilitud.

El positivismo, lejos de fundar la filosofía, ha tratado de destruirla desde sus cimientos; porque ella es la ciencia de las cosas, en sus últimas causas y en sus más elevadas relaciones y se ocupa en resolver los grandes problemas de la vida humana; mas el positivismo declara vana é inútil la indagación de las últimas causas.

A pesar de esto el positivismo trata de resolver la cuestión de esas causas y los problemas fundamentales de la existencia humana. De esta manera pone en contradicción á la filosofía; y la hace caer en mil absurdos, al proponer una solución que contradice á las leyes de la razón.

Al negar la existencia de un Dios distinto del mundo, afirma que el orden del universo no tiene causa primera ni causa final; niega la existencia de una alma distinta del cuerpo, y afirma que el sentimiento, el pensamiento y la voluntad existen sin el sujeto que les corresponde. Afirma que los fenómenos psíquicos, como el sentimiento, la

conciencia, el pensamiento, etc., no son sino combinaciones de movimientos mecánicos, á fin de justificar la negación de una substancia psíquica en el animal y en el hombre; y da el sér psíquico á toda la materia, mientras en el hombre y en el animal no ve sino almas atómicas y moleculares.

Semejantes absurdos y contradicciones, no se sostienen sino falseando todas las nociones filosóficas y sacando deducciones enteramente sofísticas. De esta manera al destruir la metafísica y al transtornar la cosmología y la psicología, el positivismo acaba su obra de destrucción por la ruina de la lógica. De aquí la falta de precisión de la filosofía positivista, consecuencia natural del punto de vista en que se ha colocado.

Respecto de la moral, las hipótesis del positivismo, la hacen imposible. Afirma el positivismo que no existe voluntad superior á la que el hombre esté subordinado; y que las acciones de éste están sujetas á las leyes del determinismo y que no existe el libre albedrío. No es, por lo mismo, posible la moral; y las nociones de deber, derecho, bien y mal moral, responsabilidad moral, nada significan.

Ha substituído á la moral con teorías inciertas, como la moral sentimental ó utilitaria; porque niega lo absoluto y establece el principio de la relatividad en todas las cosas. La regla suprema de la moral positivista, el ideal de la Humanidad, puede muy bien recibir diferentes interpretaciones, como lo prueba ese ideal en las teorías socialistas.

A pesar de las teorías positivistas, todos reconocen que las sociedades necesitan una base moral; y la primera piedra de la reforma social, decía el economista Leroy-Beaulieu, y lo repetía Le Play, es el Decálogo. Fuera de él nada hay sólido... Nuestras sociedades están divididas entre sí, y la Escritura ha dicho: Toda casa dividida contra sí misma, se arruinará.

Sólo Jesucristo aplaca el viento y calma los mares; y el mundo no lo siente, y el siglo no lo quiere creer; y los gobiernos, lejos de comprenderlo, se esfuerzan en arrancar al pueblo, el Cristo que lo ha salvado (1).

Aun el mismo Taine ha dicho lo siguiente: Hace cien años que la rueda da vueltas en el sentido de la descristianización de Francia, sin detenerse, y esto es grave, aún más para la nación que para la Iglesia. Permaneciendo en Francia el cristianismo interior, su calor se conserva en el claustro y disminuye en el mundo; y en éste es sobre todo necesario ese calor (2).

En el positivismo todo es mistificación, hasta el nombre; porque sólo es nihilismo religioso, filosófico, estético, político y social; y no trata sino de substituir y suplantar al verdadero positivismo, el teísmo y catolicismo.

Al buscar el hombre en todas las cosas una causa suficiente, no obedece á un capricho metafísico, sino á las leyes esenciales de su razón. La universalidad del principio de causa suficiente,

(1) *Revue des Deux-Mondes*, 1891, VI, 765 et suiv.

(2) *Ibid.* 1891, III, 516.

no puede negarse sin suprimir todo conocimiento racional, sin destruir en sí misma la razón. No sólo los fenómenos inmediatos deben tener causa y objeto, sino también la misma serie de todos los fenómenos; y en la inmensa cadena de causas y efectos, ningún anillo queda separado; únense todos entre sí; y la cadena entera debe unirse á un punto de apoyo. Es, por lo mismo, necesaria una primera causa de toda existencia que contenga en sí misma el principio del ser. Este sér, el más real de todos los otros, es el sér simplemente absoluto, sin el cual no puede concebirse ningún sér relativo, ni puede ser otro que un Dios personal, un espíritu infinito; porque otra cualquiera noción de lo absoluto sería contradictoria.

Así como la existencia de Dios, realidad suprema, se impone á la razón del filósofo que camina de los efectos á sus causas; así la razón debe admitir la existencia de un alma espiritual, esencialmente distinta de la materia.

En el alma existen el pensamiento y la voluntad, que en su ejercicio están acompañados de efectos materiales producidos en el cuerpo y en el sistema nervioso, y de fenómenos eléctricos y químicos; pero que nunca pueden transformarse en pensamiento ó voluntad. Actualmente los mismos positivistas convienen que es imposible explicar los fenómenos psíquicos por una combinación mecánica. No es necesario, decía Laas, poseer una inteligencia superior, para ver que ni la conciencia en general, ni las percepciones, ni los sentimientos, ni los recuerdos, ni el pensa-

miento, pueden venir de la materia y sus movimientos (1).

Una actividad de una naturaleza esencialmente diversa, supone un sér de diferente naturaleza; y no puede concebirse una actividad nueva sin un sujeto correspondiente; debe por lo mismo reconocerse en la vida sensitiva un principio propio, distinto, una alma substancial.

Los fenómenos mecánicos difieren esencialmente de los psíquicos; no sólo esto, sino además, entre la vida sensible del animal y la intelectual del hombre, media un abismo que la evolución no puede franquear. Puede el hombre descubrir en las vicisitudes y en la sucesión de los fenómenos una ley permanente; puede elevarse á la causa de las cosas; sacar de lo pasado y lo presente la previsión de lo futuro; reducir á fórmulas siempre más generales la síntesis del orden universal; y conocer las leyes del deber, la responsabilidad, las nociones del derecho y de la moral; en una palabra, la razón y el sentimiento moral señalan la diferencia, que nadie puede borrar, entre el hombre y el animal.

Admitidas la existencia de Dios y la espiritualidad del alma, caen por su propio peso las dificultades levantadas contra la Revelación.—El sér soberano que ha dado al hombre la existencia, y que se revela tan admirablemente en la Creación, ¿no podría revelarse inmediatamente al hombre que depende de él en el tiempo y en la eternidad?

(1) *Idealismus and positivismus*, III, 187.

Si admitimos la existencia de Dios, no debemos negarle que pueda comunicarse con sus criaturas, las cuales deben aceptar las enseñanzas del Maestro soberano; y si una religión se le presenta en nombre de Dios, y comprobando su origen divino, el hombre tiene que aceptarla: hállese en este caso la religión católica.

Esta religión exige fe en sus enseñanzas y obediencia á sus leyes morales; mas esto no es razón para un espíritu positivo, de dudar de la verdad del catolicismo. La naturaleza está llena de misterios en todos los órdenes de fenómenos: rechazarlos porque no se comprenden, no sería un procedimiento científico ni positivo. En el mundo espiritual ó en las esferas divinas, ¿deberán rechazarse los misterios? Ellos, pues, no nos autorizan para dudar del origen divino de la religión católica.

En el supuesto que la ley cristiana es de origen divino, esta ley al imponer límites á la libertad del hombre no pone obstáculos á su evolución natural; porque no atenta contra la verdadera libertad, sino antes bien la conduce á su perfección por su semejanza con Dios, el Sér soberanamente libre é infinitamente perfecto.

Los verdaderos obstáculos de la libertad humana son las pasiones, que la ley del cristianismo reprime y dirige; y librando al mismo tiempo de la tiranía de la animalidad, eleva al hombre, y señalando á su libertad los límites del deber, le sostiene y vigoriza; y por medio de la caridad, enseña el cristianismo á cumplir, libremente y con alegría, los deberes que tenemos para con

nosotros mismos y para con nuestros semejantes (1).

Si no hemos hallado en el positivismo, porque en él no existe, la filosofía verdadera, científica, real, precisa, orgánica, útil, universal y definitiva, la hallamos en la Iglesia católica, cuya doctrina siempre es la misma, porque la verdad no cambia; es científica, y brilla por sus admirables y sublimes conceptos. Afirma la filosofía de la Iglesia la realidad de las grandes verdades que tanto interesan á los hombres, como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, los premios y castigos de la vida futura, que nunca tendrán fin; y todo lo enseña con precisión y claridad admirables. Su filosofía contiene un cuerpo de enseñanza donde brillan el orden y la más constante armonía.

Su enseñanza es utilísima, universal y definitiva; porque trata de los más elevados intereses de los hombres, y á todos se dirige, y se refiere á todas las necesidades de esta vida, que relaciona con la vida eterna, fuera de la cual no hay más allá.

Estudien los sabios sin prevención esa filosofía verdaderamente divina, siempre de acuerdo con las enseñanzas de la recta razón; filosofía única en la que puede descansar la inteligencia, á la que ofrece el más hermoso y dilatado campo de investigación.

¡Admirable espectáculo! La marcha triunfal de la Iglesia al través de los siglos no puede explicarse sin la intervención divina; y al contem-

(1) Gruber, *Le Positivisme*.

plarla tenemos que exclamar: Es la obra de Dios. Nadie ha llegado á detenerla en su camino, ni ha podido conseguir que siga otra senda que aquella que le señaló su Fundador; nadie ha logrado que deje de cumplir la gloriosa y salvadora misión que recibió del cielo. Incesantes han sido sus combates; mas los cuenta por el número de sus victorias. No sabe temer á sus contrarios, que ó bien huyen llenos de temor ante el poder de la Iglesia, ó caen rendidos á sus pies.

La Iglesia, entre tanto, sigue enseñando á los hombres la filosofía de la verdad; la verdad que ilumina á los hombres con luz indeficiente y hermosísima, y los conduce por los caminos de la justicia y del deber, y les señala en lontananza la hermosura del cielo, como término feliz de su destino.

¿Por qué no seguir las huellas luminosas de esa Maestra que enseña á los hombres la verdad? ¿Por qué no dejar los tristes senderos del error, que no conducen al progreso, sino á la desgracia de los hombres? Pase, pues, el positivismo y quede para siempre en el olvido, como han pasado y se han olvidado tantos otros sistemas erróneos, que, si pudieron llamar la atención por algún tiempo, fueron después abandonados.



